

#31

EL LOCALISMO IDENTITARIO EN LA LÍRICA ESPAÑOLA DEL SIGLO XXI: NUEVAS APROXIMACIONES SEMIÓTICAS AL ESPACIO (NEO)RURAL

Jorge Arroita

Universidad de Salamanca

<https://orcid.org/0000-0002-4131-8803>

Artículo || Recibido: 30/01/2024 | Aceptado: 30/04/2024 | Publicado: 07/2024

DOI 10.1344/452f.2024.31.2

jorgegfa@usal.es

Ilustración || ©Júlia Febrer – Todos los derechos reservados

Texto || ©Jorge Arroita – Licencia: Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional de Creative Commons





Resumen || Este artículo explorará el contexto de surgimiento y características específicas de determinados textos literarios producidos a partir de la segunda década del siglo XXI, inscritos dentro de una vertiente lírica del neorruralismo que se propone denominar *localismo identitario*. Esta corriente, en contraste con otros tipos de neorruralismo, responde a una estetización trascendental del espacio rural, una defensa de la raigambre identitaria colectiva, el localismo y el desaceleracionismo antiglobalista. Para desglosarla en la práctica, se analizarán los poemarios *Autobús de Fermoselle* de Maribel Andrés Llamero, *Oración en el huerto* de Juan Gallego Benot y *Cantar qué* de Juan de Beatriz, apoyando su estudio en ideas de filósofos realistas contemporáneos.

Palabras clave || Neorruralismo | Semiótica | Localismo | Desaceleración | Identidad | Ecologismo

El *localisme identitari* en la lírica espanyola del segle XXI: noves aproximacions semiòtiques a l'espai (neo)rural

Resum || Aquest article explorarà el context de sorgiment i les característiques específiques de determinats textos literaris produïts a partir de la segona dècada del segle XXI, inscrits dins del vessant líric del neoruralisme que es proposa anomenar *localisme identitari*. Aquest corrent, en contrast amb altres tipus de neoruralisme, respon a una estetització transcendental de l'espai rural, una defensa de l'arrelament identitari col·lectiu, el localisme i el desaccelacionisme antiglobalista. Per a desglossar-la en la pràctica, s'analitzaran els poemaris *Autobús de Fermoselle* de Maribel Andrés Llamero, *Oración en el huerto* de Juan Gallego Benot i *Cantar qué* de Juan de Beatriz, donant suport al seu estudi en idees de filòsofs realistes contemporanis.

Paraules clau || Neoruralisme | Semiòtica | Localisme | Desacceleració | Identitat | Ecologisme

***Identitarian Localism* in Spanish 21st-century Poetry: New Semiotic Approaches to (Neo) rural Space**

Abstract || This article considers the emergence and specific traits of certain literary texts produced since the second decade of the 21st century and inscribed within the lyrical trend of neo-ruralism and suggests that they can be more accurately described as *identitarian localism*. This trend, in contrast with other types of neo-ruralism, develops a transcendental aestheticization of the rural environment and a defence of the roots of collective identity, localism and anti-globalist decelerationism. The article offers a practical breakdown of the trend by analysing the collections of poems *Autobús de Fermoselle*, *Oración en el huerto* and *Cantar qué* together with some ideas from contemporary realist philosophy.

Keywords || Neo-ruralism | Semiotics | Localism | Deceleration | Identity | Environmentalism

1. Los nuevos realismos filosóficos: otra forma de observar y entender el mundo que nos rodea

Los nuevos realismos del siglo XXI, especialmente desde los autores del llamado *realismo especulativo* (Brassier, 2007) o *realismo poscontinental* (Castro, 2020), ofrecen una nueva óptica del realismo filosófico que, lejos de su nomenclatura, termina siendo en muchos casos ciertamente idealista, al menos en su concepción gnoseológica y praxis discursiva. A pesar de querer romper con la posmodernidad, esta condición denota que, aun estando ya muerta, esta etapa cultural y sus modos de pensamiento continúan dejando fuertes olores en los pensamientos que les siguen. Sin embargo, estas filosofías priman una concepción al menos realista del mundo externo y sus múltiples ontologías, concibiendo que este existe (aunque no como un Todo unificado), es independiente a nosotros y puede ser hasta cierto punto conocido, otorgándole al mundo externo una primacía sobre la gnoseología humana que busca distanciarse tanto del subjetualismo y antropocentrismo clásicos como del exacerbado idealismo textualista o el simulacro posmoderno. Este aspecto será compartido por el giro realista de la literatura occidental en la segunda década del XXI, con autores y corrientes que rechazarán el simulacro posmoderno centrado en la metaficción y metaliteratura, los mundos paralelos, lo fantástico, el *ready-made*, la *performance*, el apropiacionismo o la experimentación formal, anteponiendo la representación de la realidad externa o extratextual a la realidad eminentemente intratextual que tanto primaba en los textos posmodernos.

Dentro de estos filósofos contemporáneos, dado el tema que ocupa a este artículo, profundizaré en aspectos concretos de dos de ellos, que a su vez llevarán a otras ideas precedentes: estos son, Graham Harman y Maurizio Ferraris. El primero de ellos postula con su filosofía una *ontología objetual* que da primacía a los *objetos reales* y *sensibles* por encima de los *conceptos inteligibles* y el pensamiento humano, otorgándoles un mayor grado ontológico de realidad y una consideración axiológico-estética. Para Harman, retomando los conceptos de *ser a la mano* y *ser a la vista* de Heidegger¹, la cualidad esencial de los objetos reales es la *ocultarse*, en tanto que *seres a la mano*, a lo que sigue su potencial *des-ocultación* para tornarse *ser a la vista* y ser comprendidos. El único problema es que, mediante ese *desvelamiento ontológico*, puede generarse una deturpación gnoseológica (débil) o incluso idealizadora (fuerte) del *objeto real* y *sensible* al *objeto ideal* o *inteligible*. Este proceso es esencial para entender los mecanismos textuales de trascendentalismo, identificación objetual-subjetual y estetización idealizadora en los textos por analizar. Heidegger distingue cuatro acepciones o formas de «afirmar»: «1) afirmar X (emitir una proposición); 2) afirmar acerca de x (transmitir una información); 3) afirmarle a x (comunicarse con alguien [dándole entidad]); 4) afirmarse (expresarse uno a sí mismo reflexivamente)» (Castro, 2020: 203). Dentro de estas variantes, las narrativas propias del *localismo identitario* llevan a cabo dos formas

<1> Aquello que se utiliza, pero no se comprende hasta que se rompe, y aquello que tras este hecho pasa a comunicar su modo de funcionamiento y su esencia ontológica para el ser humano.

esenciales de «afirmación»: a) *Afirmarle a x*: pero no a un sujeto particular, sino a un entorno y valores asociados al mismo en tanto que *identidad colectiva y localizada*, tornándolo en *trascendente* por medio de idealizarlo y darle una entidad ontológica de corte un tanto metafísico, superior a su realidad mundana y material, al menos en su vertiente realista y/o negativa; b) *Afirmarse*: por medio de inscribirse como parte de ese entorno y colectividad identitaria, generando un proceso inmanentista y autorreflexivo de vuelta que torna lo *trascendente* en *trascendental* al conceptualizarlo como un aspecto primario de la realidad, inenmendable y esencial, de forma que el sujeto pasa a ser de nuevo, en correlación con ese entorno que se afirma, el centro de su enunciación, sintetizada a través de él mismo y de aquellos que, con él, forman un *nosotros*:

Pareja reversibilidad, la propia del universo humano como continuo semiofísico, hace de la presencia del lenguaje, de la llamada existencia semiótica, una verdadera donación de la presencia del mundo, después de que esta haya sido dada, una primera vez, por la percepción. Sobre la segura interrelación de esas dos presencias, la de las palabras y la de las cosas (objetos, estados del mundo, acontecimientos), vendrá a apoyarse otra imprescindible seguridad posterior del sujeto semiótico: la de que, mientras sea sujeto, podrá expresar lo real, el espacio-tiempo significativo, remitiéndolo a sí mismo como centro enunciativo (González de Ávila, 2019: 71).

Mediante este mecanismo, se genera una estetización del espacio externo natural u objetual que funciona a modo de idealización conceptual, tornando la tierra en el cielo y lo mundano en lo divino, ejes que operan en torno al *espacio-mundo* y al *yo-nosotros* como aspectos complementarios y plenamente correlacionados, proyectando una divinización des-veladora de lo terrestre dentro en la cual se inscriben, haciendo trascendental lo inmanente por medio de la contemplación sosegada y la creencia en ese entorno circundante, afirmado por el sujeto lírico en comunión con él. En este sentido, estas manifestaciones literarias, desde un punto de vista sociológico y filosófico, están en contra del *aceleracionismo* (Land, 2014; Smicek y Williamsy, 2013), buscando en su lugar una reacción contraria, es decir, un *desaceleracionismo* a partir de una subjetividad colectiva y una identidad localizada en un espacio determinado, que actúa como alegoría con distintos conceptos y símbolos inscritos:

El espacio se hace perceptible cuando un cuerpo en movimiento decide, llevado por su impulso interior, detenerse y dejar de moverse. Ahí, en ese instante en el que todo se detiene, pero nada está fijado, el espacio aparece, se desvela, con sus cualidades físicas concretas, ante un cuerpo que se sabe parte de él (Ariza Parrado, Gumbel y Camila Páez, 2024: 169-171).

Si Harman centraba su filosofía en los *objetos reales y sensibles* (dualidad entre sus *cualidades reales* y sus *cualidades sensibles*, aquellas que son percibidas por el sujeto), Ferraris lo hará en los *objetos sociales* (frente a los *ideales y naturales*), proyectando una *estética racional* centrada en la memoria colectiva, donde da bastante relevancia al pasado y al futuro en tanto que recuerdo y

figuración. Este autor, en consonancia con la corriente por estudiar, le otorga una primacía a la memoria colectiva con respecto a los *objetos sociales*: dentro de estas escrituras, estos *objetos sociales* tenderán además a ser representados con *objetos reales* a modo de símbolos literarios, donde convergerán las tesis de Harman y las de Ferraris. Este último postula también una *inenmendabilidad* de lo real desde lo sensible, aunque más que de lo real, es de la apariencia, pues es la percepción sensible del ser humano lo que considera inenmendable, por mucho que la conceptualicemos². Por lo tanto, esta concepción es estésica, e iguala realidad con apariencia en cuanto al valor que le damos como seres humanos, algo que también será primordial para estas estéticas literarias, donde la impresión o proyección sensible de los objetos es la que los determina y les otorga una conceptualización superpuesta. Ferraris distingue, además, dentro de los *objetos sociales*, entre las *representaciones* del sujeto y los *rastros* de los objetos. A su vez, diferencia *actos* de *inscripciones*, aquello que se estratifica desde lo social de forma material (mediante una ley jurídica, un negocio, una institución, etcétera), y que se complementan con los mentados *rastros*. Por último, tendríamos los *arquetipos* provenientes de las *ocurrencias* (*tokens*), los cuales terminan constituyendo sus propios *tipos* (*types*), en tanto que conceptos que emergen de y categorizan a los *arquetipos* (véase Castro, 2020: 304-309).

Todos estos conceptos serán relevantes, dado que el *localismo identitario* se centra, precisamente, en hacer una figuración estetizada del recuerdo mediada por la apariencia sensible de los objetos (naturales o culturales: desde el campo amarillo o la encina a la vasija de barro o el arado), que adquieren un valor simbólico y trascendental mediante su conceptualización literaria. Aquí es donde emergen las *representaciones* idealistas de esta corriente, superpuestas sobre los *rastros objetuales* que deja una tradición local determinada y desde los cuales se sintetiza su identidad colectiva y característica (ese *afirmar* y *afirmarse* heideggeriano, ahora transportado a un nuevo contexto): tornando estos textos en *inscripciones*, representativas de esa identidad localizada, que generan mediante el *acto* de escritura, basado en las *ocurrencias* histórico-sociales a las que refieren, ciertos *arquetipos* ideales y estetizados que, a su vez, generan unos ciertos *tipos* literarios en forma de convenciones y símbolos estratificados.

2. El neorruralismo en la literatura española del siglo XXI: exposición, estetización y grotesquización

El *neorruralismo* ha sido el término dado a la corriente que engloba una serie de textos emergentes a comienzos del siglo XXI (especialmente tras la Crisis de 2008) que exploran de forma renovada la condición rural en España, muy influenciados por el fenómeno de la

<2> Su ejemplo paradigmático es que es imposible dejar de notar al Sol dar vueltas alrededor de La Tierra, a pesar de saber que sucede lo contrario; lo mismo ocurriría con la gravedad einsteniana, que indica que no somos atraídos, sino que caemos en un espacio-tiempo curvo, de forma que la única fuerza que nos empuja es la tierra hacia arriba, y no al revés.

España vaciada (Molino, 2016), la globalización, el neoliberalismo, la tecnologización y el problema del cambio climático. Esto se debe, principalmente, al siguiente motivo:

El llamado proceso de globalización actúa de manera paralela en dos sentidos: al mismo tiempo que facilita la extensión y propagación de conceptos culturales exógenos, que pueden ser asimilados e incorporados a las culturas locales, y precisamente por eso, provoca una reacción en sentido contrario, fortaleciendo y reactivando los sentimientos de identidad propios por todo el mundo. Es decir, el proceso de homogenización sociocultural provoca un resurgimiento identitario que potencia los factores culturales locales y tradicionales (Mougoyanni Hennessy, 2021: 9-10).

No obstante, lo neorrural no siempre responde a los mismo propósitos, praxis literarias o tratamiento discursivo del espacio campestre, pudiendo distinguir tres vertientes principales: 1) Exposición descriptiva de tono más neutro, para mostrar cómo es el campo español en sí, fuera de las visiones negativas o idealizadoras proyectadas desde la urbanidad o el propio medio. 2) Estetización o idealización del espacio rural-natural con objeto de promocionarlo o realizar una defensa del mismo. 3) Grotesquización de este espacio desde una perspectiva sórdida de lo costumbrista, vista desde un prisma negativo que expone o incluso exagera sus aspectos más sucios u oscuros, generalmente en torno al crimen, clasismo, machismo, homofobia o xenofobia (es decir, como crítica a los valores conservadores o reaccionarios inscritos en este medio), teniendo por ello cierta fertilidad dentro del género negro. De estas tres vertientes, la primera algo más primaria (ante el fenómeno de la España vaciada y la necesidad de mostrar su punto de vista marginalizado, buscando darle voz) y la última más en ascenso actualmente, a mi juicio (quizá por la emergencia de movimientos reaccionarios que en los últimos años se han ido apropiando de lo rural), el *localismo identitario* se inscribe en la segunda, aunque no desde lo promocional, sino desde una defensa de la identidad colectiva y el raigambre cultural propio, frente a la neutralidad individualista propia de la globalización y la ideología neoliberal. Esta estetización, por tanto, no responde a la óptica urbanita sobre el campo que expone Ramón del Castillo en *El jardín de los delirios* (2019), que deturpa esa realidad en un sentido positivo, *naive* y vacacional sin experimentarla en su materialidad de forma continua, sino a una defensa profunda e intensiva de ese espacio desde su identidad característica, sometiéndolo a una estetización de corte poético y tanto trascendental como hasta cierto punto trascendente (más que a una idealización superficial y distanciada), la cual genera dentro del texto una convocación de la presencia por medio del discurso y los objetos o entornos naturales en él representados:

Trabajando sobre los umbrales de la materia y de la energía, el cuerpo-conciencia fuerza la aparición de figuras cuyas valencias latentes se adensan hasta transformarse, para él, en los valores del significado. De ese proceso de semiotización del entorno emergerán al unísono, por una parte, un genuino sujeto, una instancia enunciativa, y por otra

su necesario correlato, un mundo ya no solo sensible y perceptible, sino también enunciable; esto es, un campo de presencia transmutado en campo de discurso (González de Ávila, 2019: 70).

3. El localismo identitario: concepto y análisis práctico

Con el término *localismo identitario* se busca hacer hincapié en los dos aspectos fundamentales de esta (sub)corriente literaria: 1) *Lo local*: Frente al globalismo y la noción contemporánea de *lo glocal* (Mora, 2006), esta corriente literaria busca volver atrás para realizar una defensa del localismo y sus valores, generalmente en torno al ámbito campestre o rural. Este localismo tiene variantes regionales, dependiendo del poeta: por ejemplo, en *Autobús de Fermoselle* vemos el campo castellano, heredero de los códigos estéticos de Claudio Rodríguez y sobre todo de Machado; en *Cantar qué*, en cambio, esa latencia responde al murciano. 2) *Lo identitario*: Postulado en contraposición a la identidad individualista del capitalismo neoliberal, como una identidad colectiva característica y relacionada con las raíces, con la tierra vista como algo positivo y trascendental (radical, en el doble sentido de la palabra), y por tanto sumamente relacionado con el aspecto anterior. Este carácter colectivo le otorga una cualidad aglutinante y representativa de una esencia propia a través de unas cualidades compartidas, que además se asientan en una naturaleza determinada que con-forma parte de esa misma identidad con carácter axiológico de bondad, estabilidad o asentamiento³ (siendo un puerto seguro, un generador de estabilidad frente al excesivo dinamismo e inestabilidad del capitalismo globalizado). Consecuentemente, tal *identidad colectiva y localizada* genera desde el *yo* un *nosotros* cuya representación es ese espacio natural circundante, en tanto que *ontología espacial, social* y hasta *verbal*, al inscribirse dentro del texto literario mediante:

La compleja y sutil relación entre la esfera del sujeto constituido y aquel otro campo al que habría que adjudicar un valor constituyente en cuanto supuesto de una experiencia de sí, de una vuelta auto-referencial capaz de hacer comprensible esa elaboración creativa de sí que tiene lugar a través de la ontología de nosotros mismos (Sáez Rueda, 2020: 533).

Este carácter colectivamente identitario de lo local forma parte de la idealización a la que se somete lo rural, el campo y su naturaleza asociada (normalmente sintetizada en símbolos telúricos representativos), mediante un proceso artístico de estetización que apunta hacia *lo bello* (según la acepción expuesta por Edmund Burke en su famosa *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, de 1757), haciendo que dicha inmanencia trascendental se torne hasta cierto punto en trascendente: una *divinización de lo terrestre* vía des-velación o re-velación. En consecuencia: «esta instancia trascendental se encuentra, por un lado, en una relación unilateral con la inmanencia radical y, por el otro, en una relación recíproca con la trascendencia relativa» (Cas-

<3> En este sentido, en el diccionario de Ramón Joaquín Domínguez (1847) encontramos ya la definición de *identidad* en tanto que equivalencia, correlación e invariabilidad: «Completa igualdad así en la naturaleza como en todas las demás propiedades, que tienen dos objetos o más entre sí. || Invariabilidad de estado, o estado de un objeto que permanece inalterado, sin sufrir la más mínima modificación» (Puértolas y Cianca, 2022: 510).

tro, 2020: 159). Este es un proceso que responde a la observación de un *vaciamiento de lo sagrado* en las sociedades modernas y posmodernas, tal y como señaló René Girard en *La violencia y lo sagrado* (1984). Una consecuencia directa de la muerte de Dios y la cientificación de la realidad, donde estos autores ven, hasta cierto punto, una falla relacionada con el abandono de la espiritualidad y las esencias, un vacío que debe ser rellenado con nuevas formas de conciencia y espiritualidad que sean fructíferas y, sobre todo, reales o al menos asentadas en la realidad (*trascendentales*), más que en un mundo trascendente y etéreo (siguiendo un vitalismo filosófico de corte idealista). Ese proceso de *des-ocultación* de la tierra y la identidad local es, en última instancia, una *re-sacralización* ejecutada desde lo mundano: solo que lo terrenal se ve, gracias a esta génesis intencional, idealizado y estetizado desde los ojos que lo observan y el lenguaje que le termina dando forma, haciendo vasija del barro. Frente a ese *vaciamiento de lo sagrado*, estos textos buscan proyectar una semiosis donde «la experiencia del sentido como acontecimiento casi sagrado, pleno y rotundo, nos regala la impresión, siempre provisional y quizá ilusoria, de que hemos conseguido huir del vacío y despertar de la inquietud» (González de Ávila, 2021: 221). Por tanto, no es de extrañar que muchas escrituras contemporáneas apunten hacia un retorno (neo)ruralista, aunque con un cierto riesgo de idealización contrastante con sus verdaderas realidades:

En varios casos de narrativa neorrural, más que los autores, son los personajes los que deciden mudarse al campo y podrían adscribirse a esas líneas, bajo las cuales late siempre el fantasma de la autenticidad de la vida. «Este neorruralismo [...] lanzaría el mensaje de que la solución a la crisis de valores de nuestra sociedad se encuentra en una vuelta a los orígenes, en una huida de las grandes ciudades, en un intento de recuperación del Paraíso Perdido» (Colomer, 2014). Así parece aseverarlo Lara Moreno, cuando declara a Cedillo su sensación acerca de «una crisis estructural que ha propiciado el regreso del ser humano a sus orígenes para decidir si huir o empezar de nuevo» (Cedillo, 2016) [...] De hecho, uno de los peligros del neorruralismo, sobre todo cuando el autor no está relacionado vitalmente con el campo ni tiene una experiencia larga de residencia fuera de las ciudades, es la idealización arcádica del entorno (Mora, 2018: 203, 210).

Para continuar con el análisis teórico y práctico de esta (sub)corriente literaria, se estudiarán tres poemarios representativos: más parcialmente, *Oración en el huerto* de Juan Gallego Benot; *Cantar qué* de Juan de Beatriz; y, sobre todo, *Autobús de Fermoselle* de Maribel Andrés Llamero. Frente a las otras dos corrientes neorruralistas, cuya génesis es eminentemente narrativa (género perfecto para expresar tanto descripción como grotesquización), no es de extrañar que esta vertiente se asiente sobre una praxis más lírica, dado que los mecanismos y figuras poéticas son mucho más útiles y productivos para expresar lo estésico y lo estético, lo local y lo identitario. Para ello, estos autores llevan a cabo lo que Harman denominaría como *fusión* y *fisión*: la primera actúa sobre los *objetos reales*, naturalmente fisionados, de forma que se establece un proceso gnoseológico de

causación; la segunda sobre los *objetos sensibles* (ya filtrados por la percepción humana), naturalmente fusionados, estableciendo para Harman procesos de *confrontación* o *reconocimiento* (Castro, 2020: 231-233): en este caso, *confrontación* con lo global y des-radicado, y *reconocimiento* de lo local y radicado. Se entiende así la *fusión* como establecimiento de causas, desde una perspectiva gnoseológica y axiológica, tornando lo contingente en necesario, lo mundano en trascendental y lo natural en estético; y la *fisión* como proceso axiológico centrado en el *reconocimiento* de esa naturaleza local y sus moradores, pero que a su vez genera un proceso negativo de *confrontación* con los rasgos del globalismo neoliberal, considerado como neutro, carente, espurio.

Esto puede observarse, por ejemplo, en la diferencia intertextual entre *Don de la ebriedad* (1953) de Claudio Rodríguez, por la vía positiva, y *Donde la ebriedad* (2017) de David Refoyo, por la vía negativa, ambos tratando el espacio zamorano, pero el primero desde la estetización de la naturaleza campestre vista desde una óptica moderna y vitalista, y el segundo desde una crítica ácida del espacio urbano desde una óptica posmoderna y nihilista, pesimista o al menos escéptica. Mientras que Rodríguez opta por un *reconocimiento positivo* del espacio natural mediante su representación poéticamente idealizada, Refoyo opta por una *confrontación negativa* con el espacio urbano mediante su misma representación crítica, transponiendo los versos citados del primero gracias a un nuevo cotexto aledaño que transforma implícitamente sus significados. Mientras que Rodríguez expone una *afirmación* y *reconocimiento* del espacio natural: «Ser añil en los cerros y de un verde / prematuro en los valles. Ante todo, / como en la vaina el grano, permanece / calentando su albor enardecido / para después manifestarlo en breve / más hermoso y radiante» (2001: 38); Refoyo expone una *negación crítica* y *confrontación axiológica* con respecto al urbano:

Neones apagados
servicios de auxilio sin localizador
pizza al microondas
niños en la cuna y el teléfono en la cocina para jugar
otra partida al Candy Crush Saga I.
Ser añil en los cerros y de un verde
prematuro en los valles.
Reconocí en ellos las canciones de juventud
miré sus caras
sus atormentadas pisadas sobre los adoquines
el humo saliente de sus bocas pastosas
y sufrí cierto sentimiento de culpa
(Refoyo, 2017: 39).

Por su parte, el *localismo identitario* del siglo XXI sigue, aunque con ciertas adaptaciones o variaciones novedosas, la praxis vitalista y la estetización idealizadora del espacio que ya habría desarrollado, en sus propios términos, Claudio Rodríguez (junto a otros autores, sobre todo modernistas, que llevaron a cabo operaciones poéticas similares acordes a su época y estilo). No obstante, estos textos

responden a nuevas necesidades epocales, donde quizá la principal es la *ecocrítica* (aunque en un sentido activo y positivo, en lugar de crítico y negativo) a través de esa estetización poética que busca generar *identidades* y *ontologías colectivas*, con objeto de imprimir ciertos sentimientos en el lector y producir ideología para que este pueda tener una respuesta activa al respecto.

Recapitulando, las *ontologías objetuales* del *localismo identitario* correlacionan el objeto en su trascendentalidad y el sujeto en su forma de observación, o más bien contemplación (con sus connotaciones añadidas en cuanto a la *creencia*, muy relevantes en estos poemarios, especialmente *Oración en el huerto*). En palabras de Manuel González de Ávila, esta sería una experiencia semiótica para dar y encontrar sentido en el mundo externo, mediante «un intercambio entre nuestra intención y las estructuras del objeto al que nos enfrentamos: somos educados por el objeto, al mismo tiempo que nosotros nos esforzamos por configurarlo según nuestras propias finalidades» (2021: 20), generando en última instancia un *objeto estable (fusionado)* y un *sujeto constituyente (fisionado desde sí y su sensibilidad hacia el mundo externo, y gracias a ello re-conocido en él y sobre sí mismo)*, de forma que «el sujeto y el objeto se hacen el uno al otro» (2021: 20). Esta correlación, de acuerdo con el *principio de inmanencia*, superpondría al objeto sobre el sujeto como representación identitaria del mismo o de alguno(s) de sus aspectos, valorados axiológicamente como positivos y esenciales (y viceversa, pues es el sujeto quien imprime esas cualidades emergentes sobre el objeto o entorno y les otorga su valor). Para realizar esta constitución, inmanente y trascendental del objeto y trascendente del sujeto en comunión con él, se precisa del lenguaje (lírico y estetizante, en este caso), pues los seres humanos «a la vez que necesitan emitir un enunciado, según el principio de inmanencia, han de afirmarse al emitirlo, según el principio de trascendencia, sujetos de una enunciación compartida, de la que el enunciado es transcripción» (González de Ávila, 2021: 24). Estamos hablando, por tanto, de un proceso artístico que convertiría las *ontologías materiales (objetuales o naturales)* en *ontologías eidéticas y verbales*.

Teniendo esto en cuenta, la expresión virtual de estos tipos de literatura generarían, en lugar de una *des-actualización* de esas *ontologías materiales*⁴ (propia de la percepción sensible, aunque también haya una desactualización complementaria al anular propiedades materiales de esos objetos mediante su exposición lingüística), una *sobre-actualización* que les otorgaría desde lo gnoseológico mayor entidad (*e identidad*) a la que poseen en su vertiente real-materia o sensible, pasando a ser *objetos conceptuales* con propiedades emergentes y una mayor consistencia en cuanto a su naturaleza eidética. Estas características emergentes concedidas desde lo gnoseológico crean tales *objetos conceptuales* al sobre-actualizarlos⁵, generando diferencialidad con sus correlatos reales-materiales o reales-actuales. Por ejemplo, si el *objeto material* «vasija de arcilla»

<4> Considerando *lo actual* y *lo virtual* en sentido opuesto al que les otorga Deleuze en *Diferencia y repetición* (1968), entre otros autores que ponderan la *virtualidad* como aquello contenido en potencia y la *actualidad* como aquello que se sintetiza en superficie; considero esto erróneo, dado que estaríamos dándole a la percepción gnoseológica una mayor entidad ontológica dentro de *lo real* que a la propia materialidad del mundo externo (en resumen, cayendo en cierto idealismo que a veces se esconde, sutilmente, bajo un falso materialismo).

<5> Según lo que podríamos considerar como una aspectualidad o proceso especial dentro de *lo virtual: lo hipervirtual*, únicamente reservado a las ontologías eidético-lingüísticas del ser humano, en tanto que superposición de aspectos conceptuales sobre las *ontologías materiales y sensibles*. En este sentido, podríamos distinguir dentro de *lo real* las siguientes aspectualidades (considerándolo como absoluto: es decir, incluyendo las ideas y el lenguaje como reales, aun cuando no tengan existencia material correlativa o referencial; solo de sentido, siguiendo la terminología de Frege): *lo real-actual* (material), *lo real-virtual* (sensible y des-actualizado, como ocurre con la percepción de los colores frente a la longitud de onda) y *lo real-hipervirtual* (superposiciones eidético-lingüísticas que sobre-actualizan lo material y lo sensible: conceptos, sentidos y valores asociados, como los que pueden darse a diversos colores: rojo como negativo y peligro, por su relación con la sangre; o verde como positivo y seguridad, por su relación la naturaleza).

es una estructuración atómico-molecular con la fórmula química «Al₂O₃·2SiO₂·2H₂O» y en forma de recipiente hueco con paredes redondeadas, un asa y una cavidad en forma de surco alargado en la parte superior con la capacidad de transportar fluidos hacia su exterior, el *objeto sensible* sería la percepción unitaria (de tipo visual, en este caso) como vasija desde y sobre sus *propiedades materiales*, estableciendo una correlación entre sus partes que des-actualiza tales propiedades materiales-actuales en la percepción receptiva; mientras que el *objeto conceptual* sobre la noción de vasija, proyectado por el lenguaje poético de Andrés Llamero en el poema «Bisabuela y vitrina», sobre-actualiza la concepción general de «vasija de arcilla», «botijo» o «cazuela de barro» (ya sobre-actualizada antes por sus propios términos eidético-lingüísticos generales) en un sentido subjetivo y particular de su identidad que añade las *propiedades eidético-conceptuales* de memoria, consistencia, herencia, familia, comunidad, trascendentalidad, trabajo, respeto y nostalgia o añoranza (con todos sus opuestos correlativos, instaurados por la vía negativa: aquí distinguiríamos, siguiendo a Ferraris, el *reconocimiento* de la *confrontación*).

Y revivo cómo se encendió la vida
lejos de los padres, en refugio
con botijo y chimenea, con cocina
que en otro tiempo fue cuadra
[...]
Tiene las uñas sucias
de arañar, con la espalda hincada, la tierra
que quiere doblegar
para moldear erguido el porvenir
[...]
tín tín, las vasijas traquetean en el carro
que soporta también los hijos y la viudez
de los pañuelos negros.

En algún rincón ha de haber alguna cazuela
–tengo tanta fe en su sudor–
y si en ella resistiese el aliento de antaño,
la arcilla que amparó el latir de su piel
(Andrés Llamero, 2019: 13, 15).

En el *localismo identitario*, esta sobre-actualización de los objetos y la naturaleza externa, mediante aquel *afirmar-afirmarse* heideggeriano, deviene en una *creencia re-sacralizadora* de los mismos en correlación con el sujeto que los contempla y re-presenta. Esta condición del mundo externo es capaz de poseer una semántica propia que nos transmite, y que luego nosotros traducimos y transponemos mediante el pensamiento y el lenguaje:

La expectativa de que no solamente hay un mundo que percibir, sino de que tiene algo que decimos; un algo coherente en sí, y a la par, trascendente respecto de sí mismo, esto es, ligado a otras percepciones igual de coherentes y trascendentales. Semejante expectativa, que transforma en mundo el presunto y probable caos de la materia-energía primigenia, constituye una verdadera meta-creencia o creencia en la

creencia, sin la cual no podrían sostenerse las creencias particulares en valencias y valores (González de Ávila, 2021: 71).

Observemos este proceso estético de *re-sacralización* de lo natural en otro fragmento textual del poema «Geórgica» en *Cantar qué*, donde se observa el paso de lo inmanente a lo trascendente a partir del sujeto lírico:

Mientras lo comes
la anchura de la tierra entera
contigo se hace mundo por tu boca
y otro árbol de pronto
dentro de ti muy poco a poco crece.
Lo inerte deja paso a cuanto vive:
injerto, bancal, brotín, simiente, estiércol:
y una misma plegaria nos alza verticales hasta el cielo
(Beatriz, 2021: 23).

Similar en *Oración en el huerto*, aunque como tentativa: «Yo quiero alcanzar la cristalina fuente, / el verde pasto prometido [...] Sé la verdad entre mi miedo: / su candor sabrá decir el canto de las cosas / y aprenderé de nuevo a ver crecer todas las flores» (Benot, 2020: 68). Tras estos mecanismos poéticos, lo que encontramos es la mentada sobre-actualización idealizadora y estetizante que desdobra el *objeto material* (o el entorno natural, en sentido más genérico) del *objeto conceptual*, aunque no para deturparlo o separarse de él en cuanto su valor, sino para volver a él y amplificarlo, provocando mediante su trascendencia eidético-lingüística y subjetualizada que lo inmanente se vuelva trascendental:

La operación poética es de signo contrario a la manipulación técnica. Gracias a la primera, la materia reconquista su naturaleza: el color es más color, el sonido es plenamente sonido. En la creación poética no hay victoria sobre la materia o sobre los instrumentos, como quiere una vana estética de artesanos, sino un poner en libertad la materia. Palabras, sonidos, colores y demás materiales sufren una transmutación apenas ingresan en el círculo de la poesía. Sin dejar de ser instrumentos de significación y comunicación, se convierten en «otra cosa». Ese cambio –al contrario de lo que ocurre en la técnica– no consiste en abandonar su naturaleza original, sino en volver a ella. Ser «otra cosa» quiere decir ser «la misma cosa»: la cosa misma, aquello que real y primitivamente son (Paz, 2006: 34).

En consecuencia, el espacio aprehendido tiene una importancia fundamental en estos textos, que lo re-crean o re-presentan, añadiéndole un valor agregado de tipo simbólico y estético: pasando por un lado a representar conceptos y por otro a idealizar tales objetos o espacios mediante su re-presentación lírica.

Los mundos de la literatura son modelos contingentes del modelo de mundo fenoménico que habitamos o, para ser justos con la tesis de la enacción, modelos enactados literariamente contingentes del modelo de mundo fenoménico enactado de manera cognitiva [...] Pero junto a esa emergencia del mundo fenoménico ha de emerger también una perspectiva, una instancia de subjetividad que permita al organismo contar con una imagen de sí mismo en dicho mundo enactado [...] El concepto de «espacio» adquiere enseguida una semántica dimensional

como concepto que pretende funcionar en tanto que abstracción física de nuestra experiencia cotidiana (Piera Martín, en Gamoneda y Salgado Ivanich, 2021: 52-53).

Esta discursivización lírica y hasta cierto punto heurística «recubre el espacio físico utilizando simbólicamente sus objetos. Por consiguiente, esos espacios de representación mostrarían una tendencia hacia sistemas más o menos coherentes de símbolos y signos» (Lefebvre, Martínez Gutiérrez y Martínez Lorea, 2013: 97-98), desdoblado el medio real o extratextual localizado del medio ideal o textual re-ontologizado. En *Oración en el huerto*, por ejemplo, esta proyección se dirige más hacia un *tú* que hacia un *nosotros*, teniendo variaciones notables con respecto a los otros dos poemarios, pero que aun así mantiene, en esa deixis alter-egocéntrica (*tú-yo*), la re-ontologización lírica del espacio natural: «Eres un verdor tranquilo de la lluvia / anaranjada entre las nubes que la calma, / eres como un pájaro [...] Yo aquí estoy amor dormido / entre el resquicio de bondad que permanece / atado entre tu vientre y la vereda» (Benot, 2020: 18). De esta forma, ese espacio poético simbolizado pasa a ser una representación de aspectos interiores y subjetivos que adquieren determinado valor para los poetas, estando catalizados por medio del *yo lírico* y su lenguaje, y sintetizados por el lector a través de su intuición⁶, mediante la cual se proyecta mentalmente en él:

Conferimos al espacio literario no la facultad de acercarnos a la totalidad de las cualidades de lo real, sino la de conformar el mundo en unas coordenadas espacio-temporales específicas vinculadas con la subjetividad de cada experiencia individual [...] La poética es una concepción de lo intuitivo como abstracción de lo matérico, es decir, como un traslado del mundo material al espacio mental. Se trata de un traslado materia-mente cuya proyección sobre lo verdadero resulta plausible, pues en una intuición poética sujeto y mundo se identifican (Bermúdez, en Gamoneda y Salgado Ivanich, 2021: 119-120).

Esto sucede con el campo castellano expresado por Llamero, sobre el cual la poeta imprime su interioridad a través del *yo lírico*, las ideas que este proyecta sobre él y viceversa: «Esto es Castilla, / mi cuerpo tan seco, / esta carne prieta y dura como alpaca [...] Ellos me levantaron el alma / con golpes de azada que aún retumban / en el amor áspero y tierno que me puebla [...] Esto es Castilla, / y todos los árboles / que me brotan en hilera» (2019: 11-12). Lo mismo con el plano y seco campo murciano que instaura Juan de Beatriz como espacio poético para expresar sentimientos e ideas humanas, encarnando una inenmendabilidad esencial y sensorial, que aquí posee también una contraparte negativa:

<6> En el sentido filosófico que le otorga Kant y otros autores post-kantianos, en tanto que libertad imaginativa a partir de los *esquemas trascendentales* (espacio y tiempo) que no es delimitada o predeterminada por *conceptos inteligibles*, permitiendo una variación más libre sobre las *impresiones sensibles de objetos externos* (aunque en este caso estemos considerando que operan sobre *objetos lingüístico-materiales externos*: las inscripciones líricas tratadas) que el *entendimiento*, el cual ya uniría posteriormente el conjunto de *representaciones* producidas por la *imaginación* a través de la *intuición* en determinados *conceptos*: «Para que llegue a convertirse en conocimiento una representación por medio de la cual se da un objeto, se requiere imaginación, que combine lo diverso de la intuición, y el entendimiento, para la unidad del concepto que una las representaciones» (Kant, 1961: 60).

Aprecia el blanco páramo, su vasta
exterioridad donde
con la punzada estricta de los cardos
rebaños escribieron
esquelas de dolor en polvaredas.

Aquí debió ser la libertad
mas nadie lo recuerda.
Presta atención. Observa:
somos la suciedad,
el barro, el excremento, el llanto trágico,
el infinito terror del paraíso.
Ceniza amontonada sobre la ceniza.
Esto también lo hemos olvidado
(Beatriz, 2021: 70).

Otras de estas entidades objetuales o naturales pueden ser, respectivamente: el pan, el trigo, las mieses, el molino, el arado, la cuadra, la chimenea u hoguera, la mimbre o el telar; el roble, la encina, el olmo, la chopera, el barro, el fruto, el sol luminoso o abrasador, el trigal, la estepa o meseta, la ribera, los chotos o las vacas (habiendo notables cadenas isotópicas compartidas). Veamos algunos ejemplos de estos *objetos materiales* tornados *objetos inteligibles* y *símbolos líricos* mediante el proceso escritural, especialmente fértiles en *Autobús de Fermoselle*, al explorar una naturaleza algo más concreta y externa que el espacio mental-natural y más internalizado de *Oración en el huerto*, con símbolos parecidos, aun así: «Un niño, como un niño, retornando a sus labranzas: / está mustia la hoz, el sol es pleno [...] Es trigo de verdad y se desllanta (por verte / al desnudar al cielo y deshojarte)» (Benot, 2020: 26); o más arbórea o silvestre (aunque también mesetaria) que la tierra seca y polvorienta del campo proto-murciano en *Cantar qué*, aun compartiendo gran cantidad de referencias:

Que ya no será más la tierra entre tus dedos
[...]
No escucharás de nuevo
el ulular solar de las calandrias,
ni brotará tan fuerte
el cepellón de esparto en la ribera
[...]
Ya no hervirá la sangre
de las mulas salvajes por tus venas
[...]
Pues ciertamente vi
dudar la rectitud del universo
en el temblor más tímido de un charco,
verdades absolutas agrietarse
al paso silencioso de un vencejo
(Beatriz, 2021: 60, 73).

Pasando al poemario de Llamero, en «La nieta del molinero» tenemos el trigo y el pan como símbolos líricos sobre los que se proyectan (recordando el concepto de sobre-actualización) las ideas de herencia, identidad, estabilidad y reiteración, representadas en la aliteración y recursividad semántica del poema: «la piquera con grano / ya muele

muelen / sus manos / Castilla / la tierra / muele / el molino que no conocí / la espalda / el alma / Castilla / muele / muele la tierra / muele / a mi abuelo» (Llamero, 2019: 18-19). En «Far West» tenemos la identificación del *nosotros* como identidad colectiva con la planicie castellana: «Abandonados somos la llanura» (2019: 22). En «La tarde es caliente» con elementos más concretos de su naturaleza prototípica, con la cual el sujeto lírico se identifica y hasta se asimila: «El embalse hoy parece el paraíso [...] entre el espino albar y los endrinos, / escondidos en el cereal, / o bajo el rumor de la chopera [...] Recoge el fruto de mi carne oscura / –humor de higuera– [...] Abrázame y acepta este brotar / firme del olmo castellano» (2019: 33-34). En «Aperos de labranza» con el trabajo de los abuelos y sus herramientas, junto al pan y las semillas como nutrición y asimilación (tornándose conceptuales, aparte de materiales). Por último, en los siguientes tres poemas tenemos el campo amarillo machadiano en su máxima expresión de trascendencia y trascendentalidad. En «Castilla Road»: «Tierra amarilla y cielo azul / son tus líneas geometría [...] Castilla, nada de ti se cierra, horizonte [...] Solo en Castilla se rozan los cielos» (2019: 37). En «Esto es Castilla»: «Estos páramos donde todo es alto / sin altivez, protegidos por los surcos, / por el trigo, esta lentitud, esta pausa, esto es Castilla [...] Nuestra es la luz del mediodía, solo ella espantará todas mis sombras» (2019: 51-52). Y en «Defensa de la retama», con mayor fuerza semiótica aún, como cierre del poemario:

La abuela cuidando la nogal.
 Las amapolas y las lilas pueblan
 estas páginas de primavera. Esto es Castilla,
 nunca fue la mejor, solo la nuestra.
 Esto es Castilla, lo que somos,
 mi cuerpo, preso como arbusto a este suelo,
 el espacio donde habitan los abrazos
 urdidos, mimbre, con empeño.
 Tengo estos prados metidos en los ojos
 y cuando brotan me salvan
 como al paisaje. El horizonte
 se nos talló en el pecho
 siempre en pie para recomenzar. Ya vamos, Castilla, ya vamos.
 Seguimos avanzando campo horizontal
 campo tenaz
 (Andrés Llamero, 2019: 53-54).

Sin embargo, no todo es objeto y naturaleza: lo gestual o corpóreo y lo social también tienen su debida representación simbólica, especialmente en torno a la figura de los abuelos, que reverbera en los dos últimos poemarios. En el poema «*Ubi sunt* entre geranios», encontramos este motivo de la abuela como símbolo de la herencia y el patrimonio, aparte de la pobreza y el trabajo campestre: «y mi abuela frotando mientras canta / coplillas escuchadas a su madre [...] Dónde el origen, / dónde la fractura / que hizo de la miseria una derrama / aún mucho más grande» (Beatriz, 2021: 37-38). Aquí volvemos a observar la faceta negativa en esta visión retrospectiva de lo rural⁷ (más patente en *Cantar qué*), explotando la *confronta-*

<7> Que respondería al concepto de *post-memoria*, desarrollado por Marianne Hirsch en *The Generation of Postmemory* (2012), ya que estos autores recogen el recuerdo figurado de sus antepasados familiares para gestar sus producciones poéticas.

ción con ese mundo externo dentro del *reconocimiento* del propio, mísero y abandonado por el primero. A su vez, puede observarse la importancia de las acciones y los gestos corporales, entendidos como los mentados *rastros* de Ferraris que dejan su latencia en la memoria figurada, ahora tornados símbolos poéticos: *tipos literarios* estructurados sobre *arquetipos eidéticos*, en base a *ocurrencias reales-materiales* guardadas en la conciencia del poeta.

Ello conduce a una noción del gesto como un fenómeno mental y corporal que propicia la conciencia que el sujeto lírico tiene de sí mismo, de lo ajeno y de la subjetividad que proyecta sobre el mundo, ya que el yo lírico contempla un espacio en el que se proyecta a sí mismo, como contenido de lo percibido (Bermúdez, 2023: 236).

De forma similar opera «Mi abuela no lee a Bataille», de tintes más positivos, poniendo en valor la cultura popular y la herencia memorial: «Abuela, / enséñame tú ahora // ¿cómo se dice vuelve / a quien se fue tan lejos sin marcharse, // qué mano es la que siega / la pobre rosa cana de haber sido?» (Beatriz, 2021: 42); o «Neocoplas a la muerte de su abuelo», referenciando el famoso poema de Jorge Manrique: «De ti nos quedará todo lo cóncavo. / El hueco, la hondonada, el socavón / de pronto en la costumbre. Y lo más nimio: // un trajín de tomillo brotando en tu sillón» (2021: 60-61). Para Llamero los abuelos también tienen una importancia capital: «Tócame, / verás que soy del barro / que arrullaron mis abuelos» (2019: 33). Después, en «Origen y Linaje», expone de forma más característica aún la tensión entre *reconocimiento* inmanente y *confrontación* con lo externo, sintetizada en la auto-conciencia del yo y del *nosotros* propia de este *localismo identitario*, expresada mediante un lenguaje lírico que convierte gestos, ocurrencias, entornos y objetos en símbolos literarios: «Mi abuela puede / descifrar el grito de óxido de la campana / que llama a la comunidad [...] Estas mujeres son la memoria / de una vida que no existe / en los mapas del gobierno»⁸ (2019: 39-40). Benot también presenta, aunque más parcialmente, este sentido de la herencia, sostenida en los rastros objetuales y gestos corporales de los antepasados, con la naturaleza como su correlato simbólico: «Las raíces de tu padre, / la sangre antigua de tu padre, / el sudor, la azada [...] la maleza, las manos endurecidas, / el árbol, amor. Las raíces del árbol» (2020: 39). Este legado memorial, en consecuencia, opera sobre dichos entornos desde la *post-memoria* heredada de los antepasados, con-formando una comunión entre *yo-ellos* y *nosotros-entorno*: un reconocimiento mutuo sintetizado en el lenguaje.

El texto literario da forma y unidad al proceso de toma de conciencia del sujeto en el mundo imaginándose a sí mismo y situándose en un entorno. Los gestos son parte no sólo del proceso por el que la mente se sitúa a sí misma, sino que median en la abstracción que esta hace de las propiedades del mundo. De ahí que la representación poética de estos actos del cuerpo posibilite la facultad de la autoconciencia. Con todo, la conciencia literaria del yo, tal como es formulada en el poema, también desdibuja los límites entre lo que se dice y lo que se piensa, pues en su proceso de devenir auto-reconocimiento, este

<8> Similar correlación *reconocimiento-confrontación* podemos observar en estos versos de Benot: «Las flores de la tarde: / el vuelo juvenil de la nostalgia, el precio / del petróleo siempre firme en esas lides» (2020: 35).

sujeto desfigura los límites entre lo enunciado y lo concebido, haciendo del lenguaje mismo una conciencia (Bermúdez, 2023: 237).

4. Conclusiones

Esta corriente estetizante de lo neorrural, especialmente en el plano lírico, ha acogido una importancia notable desde la segunda década de este siglo. A pesar de que idealizar hasta cierto punto el espacio rural pueda parecer un mecanismo *naïve* o deturpador de dichos entornos, en verdad estos poemarios mantienen una defensa sumamente profunda y (re)productiva de los mismos, explorando también sus problemáticas internas para superar la estetización previa, como la pobreza, el hambre o el abandono (en este sentido, podría decirse que hay algunos oscuros en sus claros). Por ello, tal defensa es también en cierta forma una crítica, dirigida sobre todo al abandono de la España vaciada y a los vicios del capitalismo neoliberal globalizado con respecto al entorno rural y la naturaleza. Desde estas derivas, cabe preguntarnos hacia dónde apuntarán las escrituras (neo)rurales en los siguientes tiempos: si continuará la estetización desde la ecocrítica y el desaceleracionismo, la mera descripción o la grotesquización de ese entorno por contraste; o si emergerá alguna vía novedosa e intermedia que aborde estos entornos desde nuevas perspectivas epocales. En todo caso, es probable que este *localismo identitario* se mantenga a flote o incluso aumente en cantidad de textos e intensidad, puesto que la preocupación por el cambio climático y los excesos del neoliberalismo, dadas sus consecuencias sobre el medio, solo van a hacer que aumentar, a menos que se tomen medidas generales y apresuradamente: para lo cual, tanto el periodismo como la filosofía o la literatura son esenciales, pues son focos argumentales (tanto racionales como emocionales) para generar conciencia en sus receptores. Esto es, precisamente, lo que buscan los autores de este *localismo identitario*, logrando cuotas líricas muy potentes con las cuales afectar y concienciar a los lectores para que tomen partido en el mundo que les rodea.

Bibliografía citada

ANDRÉS LLAMERO, M. (2019): *Autobús de Fermoselle*, Madrid: Hiperión.

ARIZA PARRADO, L., GÜMBEL, A. y CAMILA PÁEZ, M. (2024): «Movimiento, cuerpo y espacio. Sobre la potencia que guarda la detención», *Daimon*, 91, 153-171.

BEATRIZ, J. (2021): *Cantar qué*, Valencia: Pre-Textos.

BERMÚDEZ, V. (2021): «Intuición y conocimiento en la poética de Clara Janés» en Gamoneda A. y Salgado Ivanich C. (eds.), *Paisajes cognitivos de la poesía*, Salamanca: Delirio, 109-131.

- BERMÚDEZ, V. (2023): «Gesto y pensamiento poético: abstracción y simulación en el lenguaje literario» en Gamoneda A. y Cureses M. (eds.), *Abstracción. Palabra, sonido, imagen*, Madrid: Abada Editores, 195-241.
- CASTRO, E. (2020): *Realismo poscontinental. Ontología y epistemología para el siglo XXI*, Segovia: Materia Oscura.
- GALLEGO BENOT, J. (2020): *Oración en el huerto*, Madrid: Hiperión.
- GONZÁLEZ DE ÁVILA, M. (2019): «Breve teoría de la lectura natural», *Signa*, 28, 63-104.
- GONZÁLEZ DE ÁVILA, M. (2021): *Semiótica. La experiencia del sentido a través del arte y la literatura*, Madrid: Abada Editores.
- HIRSCH, M. (2012): *The Generation of Postmemory: Writing and Visual Culture After the Holocaust*, Nueva York: Columbia University Press.
- KANT, I. (1961): *Crítica del juicio*, Armengol, J. R. (trad.), Buenos Aires: Losada.
- LEFEBVRE, H., MARTÍNEZ GUTIÉRREZ, E. y MARTÍNEZ LOREA, I. (2013): *La producción del espacio*, Madrid: Capitán Swing.
- MORA, V. L. (2018): «Líneas de fuga neorrurales en la literatura española contemporánea», *Tropelías*, 4, 198-221.
- MOUGOYANNI HENNESSY, C. (2021): «Nueva ruralidad en la novela española contemporánea: un enfoque ecocrítico», *Pangeas*, 3, 7-15.
- PAZ, O. (2006): *El arco y la lira*, CDMX: Fondo de Cultura Económica.
- PIERA MARTÍN, L. (2021): «Del paisaje al poema. La escritura poética como transpercepción» en Gamoneda A. y Salgado Ivanich C. (eds.), *Paisajes cognitivos de la poesía*, Salamanca: Delirio, 49-64.
- PÚERTOLAS, S. y CIANCA, E. (2022): *Alma, nostalgia, armonía y otros relatos sobre palabras*, Barcelona: Anagrama.
- REFOYO, D. (2017): *Donde la ebriedad*, Barcelona: La Bella Varsovia.
- RODRÍGUEZ, C. (2001): *Poesías completas*, Barcelona: Tusquets.
- SÁEZ RUEDA, L. (2020): «Constitución y génesis de la subjetividad», *Pensamiento*, vol. 76, 290, 521-544.